

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS V - XV

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 43

POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS V - XV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA .

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1996.

PRIMERA EDICIÓN , 1981.

ISBN 9788424930691.

LIBRO V

Sincronismos

El año en que Arato el Joven [1] ejerció el generalato se cumplió alrededor de la subida de las Pléyades ¹, pues entonces el pueblo aqueo efectuaba así el cómputo del tiempo. Por esto, Arato resignó el mando y Epérato ² [2] le relevó en la capitanía de los aqueos; Dorímaco seguía siendo el general de los etolios. Entonces mismo, [3] o sea a principios del verano, Aníbal, que hacía ya abiertamente la guerra a los romanos, tras partir de Cartagena ³ y cruzar el río Ebro, iniciaba sus operaciones y su marcha hacia Italia. Los romanos enviaron a Tiberio [4] Sempronio Longo al África, al frente de un ejército, y a Publio Cornelio Escipión ⁴ le mandaron a España. Antíoco III y Ptolomeo IV, rehusando componer sus [5] diferencias acerca de Celesiria ⁵ mediante legados y negociaciones, se declararon mutuamente la guerra.

Prosecución de la guerra social en el año 218

[6] El rey Filipo de Macedonia andaba escaso de trigo y de dinero para sus tropas y, a través de los arcontes, convocó ⁶ a asamblea a [7] los aqueos. Éstos, según la ley,

se reunieron en Egio ⁷ , donde Filipo observó que los de Arato estaban predispuestos contra él por las intrigas ⁸ que los hombres de Apeles, con motivo de las elecciones, habían urdido para perjudicarles. Se dio cuenta, además, de que Epérato ⁹ era persona de carácter indolente, [8] de quien nadie hacía el menor caso. Todo lo antedicho le llevó a apercibirse de la estupidez de Apeles [9] y Leontio y resolvió atraerse a los Aratos. Convenció a los magistrados de que trasladasen la asamblea a Sición, convocó a los dos Aratos, al padre y al hijo, a una entrevista secreta, e inculpó a Apeles de todo lo sucedido. Les rogó que perseveraran en su política inicial, [10] a lo que ellos se prestaron con agrado. Entonces, Filipo se dirigió a los aqueos y, con la colaboración de los dos jefes citados, logró todo lo que necesitaba para [11] sus designios. En efecto: los aqueos le entregaron inmediatamente cincuenta talentos para el inicio de la campaña ¹⁰ , decretaron abonar a las tropas el sueldo de tres meses y añadir, además, diez mil medimnos ¹¹ de trigo. Además, durante el tiempo en que hiciera la [12] guerra conjuntamente con ellos en el Peloponeso, cobraría de los aqueos diecisiete talentos mensuales.

Los acuerdos tomados fueron éstos, y los aqueos [2] se retiraron a sus ciudades. Cuando las tropas se hubieron concentrado desde los lugares donde habían invernado, el rey, previa deliberación con sus consejeros ¹² , determinó hacer la guerra por mar: estaba persuadido [2] de que sólo así podría aparecer rápidamente, y por todas partes, a sus enemigos y de que éstos apenas podrían prestarse ayuda mutuamente: estaban diseminados [3] por el país, y todos temerían por sí mismos, a causa de que la comparecencia del adversario por mar era tan súbita como imprevisible. Filipo estaba en guerra contra los etolios, los lacedemonios e, incluso, contra los eleos. Tomó, pues, estas decisiones y concentró [4] sus naves y las de los aqueos en Lequeo ¹³ , donde realizó maniobras continuas: ejercitaba a los

hombres de sus falanges y los habituaba al manejo de los remos; los macedonios atendían con sumo interés las órdenes impartidas: si son muy famosos y esforzados en las [5] peleas terrestres libradas en formación, no están menos dispuestos, si se presenta el caso, a la lucha por mar. Son obreros de mucho aguante, no cabe la menor duda, para misiones como excavar fosas, clavar empalizadas, [6] en fin, para cualquier penalidad de este tipo. Hesíodo nos presenta así a los Eácidas:

que gozan en la guerra como en un banquete [14](#) .

[7] El rey y el ejército macedonio permanecían en Corinto, dedicados a los preparativos y a su adiestramiento [8] en las operaciones navales. Apeles, tan incapaz de ganarse a Filipo como de aceptar aquella humillación, se conjura con Leontio y Megaleas: éstos se harían presentes en el momento oportuno, cometerían errores deliberados y, así, entorpecerían los servicios del rey; él se llegaría a Calcis [15](#) y, desde allí, se las ingeniaría para que no le llegaran, desde ningún lugar, suministros [9] de ningún tipo para sus operaciones. Tal fue su acuerdo con los hombres citados y, después de ajustar tratos tan perversos con ellos, se fue a Calcis, para lo [10] cual alegó al rey unos pretextos absurdos. Establecido allí, todos le hacían caso, debido al valimiento de que había gozado antes; él se atuvo con tanta firmeza a los juramentos, que al cabo forzó al rey, falto de recursos, a empeñar su propia vajilla de plata, que usaba habitualmente, [11] para sufragar su subsistencia. Cuando se concentró la armada y los macedonios estaban ya debidamente entrenados en el arte de remar, Filipo efectuó una distribución de dinero y de víveres, y zarpó. Al cabo de dos [16](#) días abordó Patras [17](#) , con seis mil macedonios y mil doscientos mercenarios.

En aquellos mismos días Dorímaco, el general etolio, [3] envió contra Élide a Agelao y a Escopas [18](#) al frente de quinientos neocretenses [19](#) . Los eleos temían que Filipo emprendiera el asedio de Cilene [20](#) , y, por eso, reunieron mercenarios, al tiempo que aprestaban las tropas mismas de la ciudad; además fortificaron cuidadosamente Cilene. Filipo se apercibió de ello: concentró en Dime [2] a los mercenarios aqueos, una parte de sus cretenses [21](#) y de la caballería gala, y, asimismo, dos mil soldados de a pie de las tropas de élite aqueas [22](#) , y dejó a estas fuerzas en esa plaza como cuerpo de reserva que, además, le protegería de peligros procedentes de Élide. Él personalmente había escrito previamente a los mesenios [3] y a los epirotas, y aun a los acarnanios y a Escerdiledas [23](#) con la orden de que tripularan las naves de que dispusieran y salieran a su encuentro en Cefalania [24](#) ; zarpó de Patras en el tiempo fijado y abordó [4] en Pronno [25](#) , en Cefalania. Se dio cuenta de que esta plaza era difícil de asediar, debido a la estrechez del terreno, de modo que en su navegación avanzó con su [5] escuadra y fondeó delante de la ciudad de Palea [26](#) . Comprobó que este país es abundante en trigo, capaz de abastecer un ejército entero, por lo que hizo desembarcar a sus fuerzas y acampó delante de la ciudad. Varó las naves en tierra, las rodeó de un foso y de una trinchera, y mandó a sus macedonios a recoger grano. [6] Él se dedicaba a recorrer los alrededores de la población y exploraba por qué lugares resultaba posible aproximar a la muralla las máquinas bélicas para sus obras de asedio; su intención era apoderarse de la ciudad, al [7] tiempo que se reunía con sus aliados. Así privaría, ante todo, a los etolios de su punto de apoyo más necesario, porque los etolios echaban mano de las naves cefalenias [27](#) para sus desembarcos en el Peloponeso y para sus [8] razzias contra las costas de Epiro y de Acarnania; además, dispondría para sí mismo y para sus aliados de una base muy apropiada

contra el territorio enemigo. [9] Cefalonia, en efecto, está situada frente al golfo de Corinto, extendida en dirección al mar de Sicilia [28](#) ; domina las regiones del Peloponeso orientadas al norte y a occidente, principalmente Élide, y también las partes meridionales y occidentales de Epiro, de Etolia y de Acarnania.

[4] La isla era muy adecuada para concentraciones de tropas aliadas y su situación era muy estratégica, tanto para defender los territorios amigos como para atacar los adversarios, por lo que a Filipo le urgía ocuparla y someterla. Observó que la ciudad estaba rodeada por [2] todas partes, ya por el mar ya por unas alturas abruptas; el único llano existente, que era muy reducido, se orientaba hacia Zacinto [29](#) . Y fue por aquí por donde Filipo proyectó avanzar sus trabajos y realizar las operaciones de asedio. De modo que el rey estaba totalmente entregado a esto. Y se presentaron quince esquifes [3] enviados por Escerdiledas, quien no pudo remitir más, debido a las turbulencias y conjuraciones surgidas entre los reyezuelos ilirios. Procedentes de Epiro, de [4] Acarnania y de Mesenia llegaron también las tropas aliadas fijadas ya de antemano. En efecto, tras la toma [5] de la ciudad de Figalea [30](#) , los mesenios no pudieron excusarse de participar en la guerra y, desde entonces, se sumaron a ella. Ya dispuesto todo lo necesario para [6] el asedio, Filipo montó las catapultas y las máquinas lanzapiedras en los lugares adecuados para paralizar a los defensores, luego arengó a los macedonios, hizo aproximar las máquinas a los muros enemigos y empezó a minarlos con ellas. Al cabo de poco tiempo dos pletros [31](#) [7] de muralla carecían ya de cimientos: tanto era el ardor que los macedonios ponían en esta tarea. Entonces el propio rey se acercó al muro e invitó a los de la ciudad a que hicieran las paces con él. Pero los de [8] Palea le desoyeron, y Filipo mandó prender fuego a los puntales, con lo que se vino abajo todo el lienzo de muralla socavado

previamente. Logrado esto, envió primero [9] a los peltastas [32](#) a las órdenes de Leontio, dispuestos en secciones: la orden era forzar el paso por la brecha. Leontio se atuvo a lo pactado con Apeles y retuvo [10] tres veces seguidas a sus jóvenes soldados, que ya habían rebasado el boquete abierto, para que no completaran [11] la ocupación de la plaza; para ello, había sobornado a muchos de los oficiales de rango más alto, y él mismo, con una cobardía afectada, iba sabotando [12] las oportunidades. Y al final fueron rechazados de la ciudad con fuertes pérdidas, a pesar de que hubieran podido derrotar fácilmente al enemigo. Cuando vio la cobardía de sus oficiales y que muchos macedonios habían resultado heridos, Filipo desistió del asedio y deliberó con su corte acerca del futuro.

Invasión de Etolia. Intrigas de los oficiales macedonios

[5] Precisamente entonces, Licurgo [33](#) había marchado sobre Mesenia, y Dorímaco con la mitad de sus etolios había hecho una incursión contra Tesalia; ambos estaban convencidos de que así distraerían a Filipo del [2] asedio de Palea. Ante estos hechos se presentaron al rey unos embajadores de parte de los acarnanios y otros de parte de los mesenios, los primeros para solicitar de él que invadiera Etolia e hiciera desistir, con ello, a Dorímaco de su incursión contra Macedonia: podía irrumpir en el país de los etolios y devastarlo impunemente [3] por entero. Los enviados mesenios también pedían su ayuda. Le informaron de que en aquella época soplaban los vientos etesios [34](#) , y ello hacía factible efectuar la travesía desde Cefalenia hasta Mesenia en un [4] solo día. Gorgo de Mesenia [35](#) le demostraba que un ataque contra Licurgo sería un éxito porque sería imprevisto. Leontio, siempre fiel a sus propósitos, apoyaba [5] firmemente a Gorgo porque veía que así a Filipo le llegaría el final del verano sin haber

conseguido nada. Navegar hasta Mesenia era ciertamente fácil; lo imposible [6] era hacerse a la mar desde allí si continuaban los vientos etesios. La consecuencia era que Filipo, encerrado [7] con su ejército en Mesenia, se vería obligado a pasar sin operar el resto del verano, mientras los etolios harían correrías por Tesalia y Epiro, pillándolo y devastándolo todo sin miedo. Leontio, pues, lleno de malas [8] intenciones, daba estos consejos y otros por el estilo. Arato, sin embargo, que también estaba allí, representaba la posición contraria: en efecto, sostenía que la [9] travesía debía ser directamente contra Etolia y que debía prestarse atención a las operaciones de allí. Pues como Dorímaco había salido del país en campaña con sus tropas, la ocasión era espléndida para entrar en Etolia y devastarla. Filipo, que ya desconfiaba de Leontio [10] por su negligencia premeditada en el asedio anterior, comprobó, además, la deslealtad del consejo que le daba, es decir que navegara hacia el sur. Y resolvió seguir el parecer de Arato. En consecuencia, escribió a [11] Epérato, el general aqueo, con la orden de que tomara a los aqueos y acudiera en socorro de los mesenios; él zarpó de Cefalenia y, al cabo de dos días, se presentó, de noche, con su escuadra en la isla de Léucade. Tras [12] dragar el canal del mismo nombre [36](#) , hizo que su flota lo pasara y se adentró en el golfo llamado de Ambracia [37](#) ; [13] éste, ya citado, es una larga prolongación del mar de Sicilia [38](#) , que alcanza el corazón mismo de Etolia, [14] como ya hemos constatado más arriba [39](#) . Hizo la travesía y fondeó poco antes del alba junto a la ciudad llamada Limnea [40](#) , Allí ordenó a sus tropas que se prepararan la comida, que dejaran la mayor parte de su impedimenta y que se aprestaran a la marcha en las condiciones [15] de la infantería ligera; él reunió a los guías, de los que inquirió, para informarse, cómo eran aquellos lugares y las ciudades establecidas allí.

[6] Al tiempo de todo esto, se presentó Aristofanto [41](#), el general, con el ejército acarnanio íntegro [42](#). En épocas anteriores los etolios habían infligido a los acarnanios muchos y atroces sufrimientos, por lo que ellos ahora estaban dispuestos ardorosamente a la venganza y a [2] inferir daños a los etolios. Esto hizo que aprovecharan gustosos la ayuda que entonces les prestaban los macedonios, y se presentaron en armas no sólo los que por ley debían prestar servicio militar, sino incluso algunos [3] de más edad. Y un arrojo no inferior al de éstos poseía a los epirotas; los móviles eran muy parecidos. Sin embargo, por la gran extensión de su territorio y por lo imprevisto de la aparición de Filipo no lograron concentrar [4] a tiempo a sus tropas. Como ya puntualicé [43](#), Dorímaco se había presentado, al frente de la mitad del ejército etolio, y había dejado en el país la otra mitad: creía que esta reserva bastaba para proteger al territorio y a las ciudades ante ataques inesperados. El rey dejó una guarnición suficiente para los bagajes, [5] levantó el campo en Limnea un atardecer, avanzó unos sesenta estadios y acampó. Allí se tomó el rancho y, tras [6] conceder un breve descanso a sus tropas, reemprendió la marcha. Durante toda la noche progresó ininterrumpidamente, alcanzando, instantes después de que amaneciera, las orillas del río Aqueloo, entre las poblaciones de Cónope y de Estrato. Le urgía caer de manera súbita e inesperada sobre el distrito de Termo [44](#).

Leontio comprendió que Filipo iba a lograr sus objetivos [7] y que los etolios no podrían, por dos razones, afrontar la situación: primero, porque la aparición de los macedonios había sido súbita e inesperada; además, [2] los etolios no habrían ni soñado en esta osadía de Filipo, tan decidido a irrumpir precisamente en la comarca de Termo, que era un lugar muy escabroso. Los acontecimientos, pues, iban a coger a los etolios desprevenidos y sin la menor preparación. Leontio veía todo esto, pero [3] seguía fiel a

sus intentos: afirmaba que Filipo debía acampar junto al río Aqueloo, para reponer sus fuerzas tras la marcha nocturna. Con ello, pretendía ofrecer a los etolios por lo menos un respiro en vistas a organizar su resistencia. Pero Arato constató que aquél era el [4] momento justo del ataque y que, además, era claro que Leontio procuraba poner trabas, por lo que conjuró a Filipo que no dejara escapar la ocasión ni la difiriera. Convenció al rey, quien, por lo demás, ya despreciaba [5] a Leontio; Filipo, pues, no cortó el avance, sino que lo [6] prosiguió. Cruzó el río Aqueloo y adelantó rápidamente en dirección a Termo; en su progresión devastaba y [7] destruía el país. En su marcha dejó a su izquierda Estrato, Agrinio y Testieo, a su derecha Cónope, Lisimaquia, [8] Triconio y Fiteo. Alcanzó la ciudad llamada Metapa [45](#) , situada a la orilla del lago Tricónide. No lejos de ella hay unos desfiladeros, y dista unos sesenta estadios [9] de la región citada de Termo. El rey entró en Metapa, evacuada ya por los etolios, y la ocupó con quinientos soldados; su intención era usarlos como reserva con vistas a su entrada y a su salida por los desfiladeros. [10] Las tierras que circundan el lago son montuosas y abruptas, y además cubiertas de bosque, por lo cual la [11] entrada es angosta y terriblemente difícil. Filipo situó luego a los mercenarios al frente de la columna [46](#) , a continuación a los ilirios; seguía él con los peltastas y las falanges, y así emprendió el paso por los desfiladeros. Le cerraban la formación los cretenses; a su derecha avanzaban paralelamente por el país los tracios y la infantería [12] ligera. El flanco izquierdo de su columna estaba asegurado naturalmente por el lago, a unos treinta estadios de distancia.

Destrucción de Termo

Filipo rebasó, pues, los lugares [8] citados y alcanzó una aldea llamada Panfia [47](#) . La aseguró también con una

guarnición y avanzó en dirección a Termo. La ruta no sólo era muy empinada y escabrosa, sino que a ambos lados había unos precipicios formidables. En algunos [2] lugares el paso era peligroso por lo estrecho. El conjunto de la travesía era de unos treinta estadios. Pero [3] se hizo en un tiempo muy breve, porque la marcha de los macedonios resultó muy viva, de manera que se llegó a las proximidades de Termo al caer de la tarde. Acampó [4] y mandó sus tropas a devastar las aldeas circundantes, a recorrer las llanuras de los termios e, incluso, a saquear las casas mismas de Termo, repletas no sólo de trigo y de provisiones, sino también del excelente ajuar que usaban los etolios. Allí se celebraban anualmente [5] mercados y festivales brillantísimos y, además, las elecciones a las magistraturas [48](#), de modo que todos depositaban en este punto los bienes de más valor que poseían, bien para la recepción de los huéspedes, bien para la preparación de las fiestas. Además de la utilidad que [6] les prestaba, creían que aquél era el sitio más seguro, ya que jamás enemigo alguno se había atrevido a invadir aquellos parajes; por su configuración eran tales que venían a ser como la acrópolis de toda Etolia. La comarca, [7] pues, gozaba de paz desde hacía muchísimo tiempo, las mansiones que circundaban el templo [49](#) rebosaban [8] de riquezas, e incluso todos aquellos rodales. Cargados de botín de todas clases, los macedonios de momento plantaron sus tiendas allí para pernoctar. Al día siguiente seleccionaron lo más valioso y, a la vez, transportable de todo aquel ajuar; amontonaron el resto delante de [9] las tiendas y le pegaron fuego. Y lo mismo hicieron con las armas colgadas en los pórticos: cogieron las que eran más ricas y se las llevaron, cambiaron otras por las suyas, juntaron las demás y las quemaron. Las que ardieron sobrepasaban las quince mil.

[9] Hasta aquí todo lo que se hizo fue digno y justo, según las normas de la guerra, pero no sé cómo calificar [2]

lo que ocurrió después: los macedonios recordaron lo que los etolios habían perpetrado en Dio y en Dodona [50](#) y ello les impulsó a prender fuego a los pórticos y a destruir los exvotos [51](#) que quedaban, muy valiosos por su factura; algunos de ellos habían requerido mucho trabajo [3] y dinero. No se limitaron a maltratar por el fuego las techumbres, sino que lo arrasaron todo, que quedó por el suelo. Derribaron también las estatuas, en número no inferior a dos mil, y, algunas, las hicieron añicos, aunque no las que tenían inscripciones dedicadas a los dioses, o bien les representaban: éstas las respetaron. Y en los muros pintaron aquel verso, ya a [4] la sazón muy citado, de Samos, hijo de Crisógono y hermano de leche del rey; el talento de este poeta ya entonces despuntaba. El verso en cuestión es: [5]

¿Ves hasta dónde voló el tiro del dios? [52](#) .

Acerca de estas acciones, el rey y su corte estaban imbuidos [6] de una convicción tan profunda como perversa: creían que al obrar así lo hacían con justicia y honestidad, pues vengaban en términos iguales la impiedad de los etolios en el santuario de Dio. Sin embargo, yo [7] creo lo contrario. Son ejemplos de esta misma casa real, y no otros distintos, los que posibilitan examinar fácilmente si llevo en verdad la razón.

Antígono, tras haber derrotado en una batalla en [8] toda regla [53](#) a Cleómenes, rey de los lacedemonios, se hizo soberano absoluto de Esparta [54](#) . Y siendo ya dueño [9] de hacer lo que quisiera con la ciudad y los gobernados, distó tanto de maltratar a los que habían caído bajo su dominio, que, todo lo contrario, les restituyó la constitución nacional y la libertad. Concedió grandes beneficios al Estado y a los particulares lacedemonios, y luego regresó a su país. Por consiguiente, entonces [10] mismo los lacedemonios le

nombraron «bienhechor» y, cuando murió, le añadieron el título de «salvador» [55](#) ; todo lo expuesto le concitó fama y gloria inmortales no sólo entre ellos, sino entre todos los griegos.

[**10**] Filipo II, el primer rey que dio prestancia a la dinastía de los macedonios [56](#) y que inició su preeminencia, venció a los atenienses en la batalla de Queronea [57](#) , pero no consiguió tanto con las armas como con la condescendencia [2] y la benignidad de su temperamento. La guerra y las armas le sirvieron sólo para imponerse y dominar a sus adversarios, pero con su moderación y su buen sentido se ganó a todos los atenienses, al tiempo [3] que sometía a su ciudad: no añadía nunca la cólera a sus éxitos, sino que pugnaba y buscaba la victoria sólo hasta encontrar un motivo suficiente para mostrar su [4] mansedumbre y su nobleza. En efecto: liberó a los prisioneros de guerra sin exigir rescate [58](#) , rindió honores a los muertos atenienses y encargó a Antípatro la conducción de sus restos. Proveyó de vestidos a la mayor parte de los que se iban y, así, por su clarividencia, con un mínimo dispendio obtuvo un resultado incomparable: la magnanimidad de Filipo impresionó a los atenienses, [5] tan pagados de sí mismos, y de enemigos que le eran les tuvo como unos aliados dispuestos a todo [59](#) .

¿Y qué diré de Alejandro? Éste, es cierto, se enojó [6] tan terriblemente contra Tebas, que redujo a sus habitantes a la esclavitud y arrasó la ciudad, que quedó como la palma de la mano, pero en la toma de la plaza no desatendió en absoluto la piedad debida a los dioses: tuvo buen cuidado para que, ni aun involuntariamente, [7] no se profanaran los templos ni tan siquiera los recintos sagrados. Este mismo Alejandro, cuando pasó al [8] Asia, castigó la impiedad con que los persas habían tratado a los griegos: por lo que se refiere a los hombres, intentó cobrarse una venganza condigna a los crímenes perpetrados contra ellos, pero se

abstuvo, en absoluto, de tocar los monumentos dedicados a los dioses, por más que los persas precisamente con hechos de este tipo habían cometido los peores atentados en tierras griegas [60](#) .

Por consiguiente, esto es lo que en aquella ocasión [9] Filipo V hubiera debido evocar en todo momento para mostrarse heredero y continuador de estos hombres mencionados, no tanto de su imperio como de su magnanimidad. Pero él, durante toda su vida puso el máximo [10] empeño en aparecer como descendiente de Filipo II y de Alejandro; en cambio, no mostró el más [11] mínimo interés en imitarles. Y puesto que su proceder fue opuesto al de los hombres citados, cuando fue entrando en años alcanzó entre todo el mundo una reputación contraria a la de ellos [61](#) .

[11] Lo que hizo entonces es un ejemplo válido. Filipo no pensaba realizar nada absurdo cuando su coraje le empujaba a delinquir en respuesta a los sacrilegios de [2] los etolios, a curar un mal con otro mal. Una y otra vez echaba en cara a Escopas y a Dorímaco su irreverencia y su violencia gratuita: aducía sus profanaciones de lo divino cometidas en Dodona y en Dio, y no caía en la cuenta de que al ejecutar algo por el estilo se ganaba, entre los que se enteraban de ello, una fama no distinta. [3] Pues a conquistar y derribar fortines enemigos, puertos, ciudades, vidas humanas, naves y cosechas y a las demás cosas semejantes a éstas, mediante las cuales se puede debilitar al adversario y convertir en más eficaces los medios propios en vistas a los planes que se abrigan, a hacer todo ello obligan las leyes y el derecho de la [4] guerra [62](#) . Pero maltratar lo que no va a proporcionar ni aportar ninguna ayuda a nuestra empresa ni a inferir ningún daño al enemigo, al menos en lo que atañe a la guerra actual, profanar templos sin motivo y, con ellos, sus imágenes y todos los monumentos de este género, ¿podrá negarse que

es obra de un coraje y de un talante [5] rabiosos? Los hombres honestos deben hacer sus guerras no para aniquilar y destruir a los que les han perjudicado, sino para corregir y reformar a los culpables. No se debe exterminar a los inocentes junto con los culpables, antes bien salvar a la vez a los inocentes y a los que parecen tener culpa. Es propio de un tirano [6] obrar sañudamente, imponerse por el terror a unos que le rechazan, ser odiado y odiar a los súbditos; corresponde a un rey [63](#) , en cambio, ser bienhechor de todos, ganarse el afecto por la propia benignidad y humanidad, presidir y dirigir a quienes lo aceptan de buen grado.

El error cometido entonces por Filipo se puede entender, [7] principalmente, si nos ponemos a la vista el juicio que, lógicamente, hubiera merecido ante los etolios si hubiera hecho lo contrario de lo dicho, si no hubiera destruido ni pórticos ni estatuas, si no hubiera ultrajado los demás exvotos. Yo creo que este juicio [8] hubiera sido el más favorable y humano. Los etolios, conscientes de sus sacrilegios en Dio y en Dodona, hubieran reconocido que entonces Filipo era muy dueño de hacer lo que le viniera en gana, y que si hubiera cometido lo más atroz no hubiera parecido obrar injustamente, al menos en lo referente a ellos: pero su grandeza [9] de ánimo y su bondad le habían inducido a no realizar nada parecido a lo perpetrado por los etolios.

De todo esto se deduce que, de una manera natural, [12] éstos se hubieran condenado a sí mismos y hubieran aprobado y admirado a Filipo, porque para con los dioses usaba de una piedad magnánima, digna de un rey, aunque contra ellos mostrara su cólera. Es muy [2] cierto que superar al enemigo en justicia y hombría de bien no es menos útil, sino mucho más, que alcanzar [3] éxitos por las armas: los vencidos ceden, en un caso, a la fuerza bruta, pero en el otro voluntariamente. En un caso la corrección se

consigue por medio de grandes pérdidas, en el otro es sin daño como se logra mejorar [4] a los culpables. Y lo que es más importante: en la primera coyuntura el resultado es, en su mayor parte, cosa de los subordinados, en la segunda, por el contrario, la victoria es íntegramente logro de los gobernantes.

[5] Pero seguramente la culpa de todo lo ocurrido allí no debe imputarse totalmente al mismo Filipo, que era muy joven: en su mayor parte debe achacarse a sus cortesanos y colaboradores entonces presentes, entre [6] los cuales estaban Demetrio de Faros y Arato el Viejo. Y aun de ellos dos, no es difícil adivinar, incluso para quien no hubiera vivido aquello, de quién, lógicamente, [7] procedía este asesoramiento. Pues dejando aparte los principios de toda su vida, en los que, tratándose de Arato, no se encontraría nada ni precipitado ni indiscernido, y lo contrario en los de Demetrio, es notorio que tenemos ejemplos concretos de las tendencias de ambos, [8] evidenciadas en casos semejantes. La mención adecuada de esto la haremos cuando llegue el momento oportuno [64](#) .

Retorno de Filipo a Limnea

[13] Filipo (pues de ahí partió mi digresión) recogió lo transportable y se lo llevó. Partió de Termo y realizó el regreso por el mismo camino por el que se había presentado. El botín precedía la formación, seguido por la infantería pesada; había dejado en la retaguardia a los [2] acarnanios y a los mercenarios. Todo su empeño consistía en pasar las angosturas lo más pronto posible, porque recelaba que los etolios iban a establecer contacto con su retaguardia, fiados en la escabrosidad del lugar. Y es lo que ocurrió inmediatamente. Los etolios [3] se habían aprestado a la defensa, concentrándose alrededor de tres mil; mientras Filipo estaba en las alturas no se le aproximaron, sino que permanecieron en lugares retirados. Su

comandante era Alejandro de Triconio ⁶⁵ . Pero cuando la retaguardia macedonia se puso en movimiento, los etolios se lanzaron, al punto, en dirección a Termo y hostigaron a los últimos de la columna. En la [4] citada retaguardia se produjo una confusión, lo que hizo que los etolios redoblaran el ardor de su ataque: llegaron a un cuerpo a cuerpo, fiados en la aspereza de los lugares. Sin embargo, Filipo había previsto esta eventualidad [5] y había emboscado en la base de una colina a los ilirios y a la flor y nata de sus peltastas. Estas [6] tropas arremetieron contra aquellos enemigos que habían avanzado excesivamente en su ataque; los etolios se dieron a la fuga tumultuosamente, campo traviesa. Ciento treinta murieron, y cayeron prisioneros casi otros tantos. Después de esta derrota sufrida por los etolios, [7] la retaguardia macedonia pegó fuego al instante a Panfia, pasó sin peligro los desfiladeros y se unió al resto de las fuerzas macedonias. Filipo había acampado junto [8] a Metapa y se reunió allí con los de su retaguardia. Al día siguiente arrasó esta ciudad, avanzó y estableció su campamento junto a la ciudad llamada Acras. Al [9] otro día, sobre la marcha, fue devastando el país: acampó sobre Cónope y se quedó allí la siguiente jornada. Transcurrida ésta, levantó de nuevo el campo y marchó por las orillas del Aqueloo hasta llegar a Estrato. En este punto cruzó el río y puso sus fuerzas fuera del alcance de los tiros enemigos; desde allí tanteaba a los defensores.

[14] Sabía, en efecto, que en Estrato se habían concentrado unos tres mil soldados de a pie etolios, unos cuatrocientos de caballería y unos quinientos cretenses. [2] Pero nadie se atrevía a salirle al encuentro, por lo que Filipo empezó a poner en marcha sus unidades de vanguardia [3] en dirección a Limnea y sus naves. Cuando la retaguardia dejó las proximidades de la ciudad, al principio unos pocos jinetes etolios efectuaron una salida y hostigaron a los hombres que cerraban la marcha. [4] Cuando el contingente

de cretenses salió de la plaza y algunos etolios se sumaron a su propia caballería, la batalla se generalizó y la retaguardia macedonia se vio [5] forzada a revolversse y a combatir. Primero, la pugna se mantuvo equilibrada, pero cuando los ilirios corrieron a apoyar a los mercenarios de Filipo, la caballería y los mercenarios etolios cedieron y huyeron a la desbandada. [6] Los del rey les acosaron a casi todos hasta los muros y las puertas de la ciudad, y mataron alrededor de un [7] centenar de etolios. Después de este lance, los de la ciudad ya no hicieron nada más y los de la retaguardia establecieron contacto, ya sin ningún peligro, con su campamento y sus naves.

Filipo en Limnea. Violencias contra Arato

[8] Filipo acampó a primeras horas del día y ofreció a los dioses sacrificios de acción de gracias por el buen desarrollo que habían tenido sus operaciones, y al propio tiempo llamó a sus oficiales, pues quería ofrecerles un [9] banquete a todos. La opinión general era que había penetrado en lugares peligrosos, tanto, que hasta aquel momento no se había atrevido nadie a invadirlos con [10] un ejército. Pero Filipo no sólo había irrumpido en él con sus tropas, sino que había realizado todo lo que se había propuesto y, además, regresó a su base sin sufrir daños. Exultante de gozo por todo ello, preparaba una recepción en honor de sus oficiales. Megaleas y Leontio [11] no soportaban esta buena suerte del rey: Apeles les había ordenado que entorpecieran todas las empresas reales, y ellos no habían logrado hacerlo. Así pues, [12] «claramente decaídos» porque las cosas les habían salido al revés, con todo, acudieron al banquete [66](#).

El rey y los demás comensales sospecharon inmediatamente [15] que estos dos no participaban igualmente en la alegría por aquellos acontecimientos. Avanzado el [2] festín, cuando ya se bebía copiosamente y

sin freno, Megaleas y Leontio se vieron forzados a imitar a los demás, pero se delataron al punto. Concluida la reunión, [3] impulsados por la embriaguez y la inconsciencia, empezaron a dar vueltas en busca de Arato. Le encontraron [4] cuando ya se retiraba, y primero le insultaban, después la emprendieron a pedradas con él. Una gran muchedumbre [5] se aprestó a apoyar a unos y a otros, por lo que en el campamento se produjo un alboroto y una revuelta. El rey oyó el griterío y mandó a algunos a ver lo que pasaba y a que disolvieran el tumulto. Cuando éstos [6] hicieron acto de presencia, Arato les expuso lo sucedido y adujo como testigos a los circundantes; luego se protegió, dentro de su propia tienda, contra aquellos malos tratos. Leontio se escapó, de forma inexplicable, a través [7] del alboroto. El rey se enteró de lo sucedido, mandó llamar a Megaleas y a Crinón y les reprochó duramente. Pero éstos no sólo no dieron muestras de arrepentimiento, [8] sino que, envalentonados, dijeron que no cejarían en [9] su propósito hasta dar su merecido a Arato. Enfurecido ante estas palabras, el rey ordenó encarcelarles al punto y les exigió una fianza de veinte talentos.

[16] Al día siguiente convocó a Arato y le exhortó a no perder el ánimo, porque él mismo prestaría la atención [2] debida a aquella cuestión. Leontio, enterado de lo que había ocurrido a Megaleas, se presentó en la tienda del rey con algunos peltastas; creía que al ser joven el monarca él le asustaría y le haría cambiar al punto de [3] parecer. Se encontró, pues, con Filipo y le preguntó quién se había atrevido a poner sus manos sobre Megaleas, [4] quién había osado encarcelarle. Cuando el rey le contestó sin rodeos que había sido una orden personal suya, Leontio, estupefacto, se marchó hecho una [5] furia y mascullando palabras. El rey zarpó con toda la escuadra, atravesó el golfo y, así que hubo fondeado en Léucade, ordenó a los encargados de distribuir el botín que lo repartieran sin dilaciones; él reunió a sus consejeros [6] y les encargó el

juicio de Megaleas. Arato acusó a Leontio de lo que había hecho desde el principio, relató la matanza [67](#) que organizó en Argos, realizada tras la partida de Antígono; añadió sus compromisos con Apeles y la obstrucción que había realizado en Paleas [68](#) . [7] Le acusó de todo ello con pruebas y testigos; Megaleas fue incapaz de refutarlos, y los asesores del rey le condenaron [8] por unanimidad. Crinón quedó en la cárcel; para Megaleas, Leontio depositó una fianza [69](#) .

Y éstas fueron las intrigas de Apeles y de Leontio, [9] que acabaron de una manera radicalmente inversa a sus esperanzas iniciales. Creían, en efecto, aterrorizar a Arato y dejar, así, aislado a Filipo, con lo cual podrían hacer lo que les conviniera a ellos. Pero ocurrió lo contrario.

Invasión de Laconia por Filipo

Por aquellas fechas, Licurgo regresó [**17**] a su país desde Mesenia. No había logrado ningún éxito digno de ser tenido en cuenta, pero luego efectuó otra salida desde Lacedemonia y tomó la ciudad de los tegeatas. Sus habitantes se refugiaron en la acrópolis, y él se [2] aprestó a asediarla. Pero fracasó otra vez totalmente, por lo que se retiró de nuevo a Esparta. Los eleos habían [3] invadido el país de Dime [70](#) ; atrajeron a una emboscada a la caballería que acudía en socorro de los dimeos y la hicieron volver grupas sin excesivo esfuerzo. En [4] la operación mataron no pocos galos y, de entre los ciudadanos, cogieron prisioneros a Polímedes de Egio, y a Agesípolis y a Diocles, de Dime. Dorímaco, por su [5] parte, había hecho una primera incursión con los etolios. Ya antes expuse su convicción de que podría devastar impunemente Tesalia y de que, con ello, forzaría a Filipo a levantar el cerco de Paleas. Sin embargo, se [6] topó con Crisógono y Petreo [71](#) dispuestos a presentarle batalla en territorio tesalio.

Dorímaco no se atrevió a descender a tierras llanas; continuó su avance por las laderas de los montes. Fue entonces cuando le informaron [7] de la penetración de los macedonios en Etolia. Abandonó al instante Tesalia y se dirigió, a marchas forzadas, a socorrer a los etolios. Pero cuando llegó los macedonios ya habían salido del país, de modo que Dorímaco lo falló todo y llegó tarde a todas partes.

[8] Filipo zarpó de Léucade. Durante su travesía devastó el país de Eantia [72](#) y fondeó con toda su flota en Corinto. [9] Atracó sus naves en el puerto de Lequeo, mandó que las tropas bajaran a tierra y envió correos a las ciudades aliadas del Peloponeso, para fijar el día en que debían presentarse, al atardecer, todos sus hombres armados en la ciudad de Tegea.

[18] Listos ya estos preparativos, no permaneció en Corinto ni un instante más, sino que ordenó a sus macedonios que levantaran el campo. Hizo la marcha a [2] través de Argos y, al segundo día, llegó a Tegea [73](#). Allí recogió a los aqueos que se habían concentrado y avanzó por regiones montuosas; le urgía pasar desapercibido a los lacedemonios en el momento de entrar en su país. [3] Tras efectuar algún rodeo por lugares deshabitados, al cabo de cuatro días se plantó en las colinas que están frente a la ciudad de Esparta; dejó a su derecha el [4] Meneleo [74](#) y avanzó hasta alcanzar Amicla [75](#). Los lacedemonios contemplaban petrificados y aterrorizados desde su propia ciudad la progresión de los enemigos: [5] lo ocurrido les llenaba de estupor. Reflexionaban todavía, llenos de perplejidad, sobre las noticias que les llegaban acerca de Filipo, de la destrucción de Termo y, en general, de las operaciones de Etolia. Corría, incluso, entre ellos el rumor de que se iba a enviar una ayuda a los etolios, al frente de la cual iría Licurgo. Nadie podía imaginar, en absoluto, debido a la extremada [6] juventud del rey, que más bien

inspiraba desdén, que el peligro pudiera abalanzárseles encima, y desde tanta distancia. Lo que allí acaecía era totalmente inesperado, y era lógico que estuvieran llenos de pavor. En general, Filipo acometió sus empresas con más [7] osadía y eficacia de lo que, por su edad, cabía esperar, y así redujo a todos sus adversarios a una situación de apuro y de incertidumbre. En efecto: había zarpado [8] del corazón de Etolia (ya lo afirmé más arriba) [76](#) , cruzó en una sola noche el golfo de Ambracia y arribó a la isla de Léucade, donde se quedó un par de días. A la [9] madrugada del tercero se hizo de nuevo a la mar, durante la navegación devastó el litoral etolio y atracó en el Lequeo. Después marchó sin detenerse, para ocupar, [10] al cabo de siete días, las colinas que flanquean la ciudad de Esparta, junto al Meneleo [77](#) . La mayoría de los espartanos veía lo que acaecía sin acabar de darle crédito.

Aquel suceso tan inesperado aterró a los lacedemonios, [11] que, indecisos, no sabían qué hacer.

[19] Filipo empezó por acampar junto a Amicla. El lugar de Lacedemonia que lleva este nombre tiene hermosas [2] arboledas y es muy fértil; dista de Esparta unos veinte [3] estadios. Existe allí un recinto de Apolo, en el que se alza el templo quizás más famoso de los que hay en Laconia. Amicla está situada, mirándola desde Esparta, [4] en la vertiente que da al mar. Al día siguiente, Filipo taló las campiñas y descendió hasta el llamado «Campo de Pirro». Durante dos jornadas recorrió y devastó los [5] parajes próximos y acampó en Carnio. Partió de allí y se dirigió a Asine, que atacó inútilmente, por lo que levantó el asedio; desde entonces hacía razzias y devastaba todo el país que se extiende hacia el mar de Creta [78](#) , [6] hasta el cabo Ténaro. Desvió de nuevo su ruta y realizó una contramarcha hacia las atarazanas de los espartanos, situadas en un lugar llamado Gitio. Este sitio tiene un puerto seguro y dista doscientos treinta [79](#) estadios [7] de Esparta. No entró, sin

embargo, en la plaza, que dejó a su derecha, y estableció sus reales en Helia, que es, en relación con el resto del país [80](#) , el territorio más [8] hermoso y más vasto de toda Laconia. Desde allí despachaba a grupos de forrajeadores, que incendiaban a mansalva los lugares y destruían las cosechas; estas partidas llegaron a Acrias, a Léucade e incluso al territorio de Bea [81](#) .

Los mesenios habían recibido los correos de Filipo [20] referentes a aquella campaña. En cuanto a ardor, no cedían en nada a ninguno de los aliados, sino que pusieron todo su celo en la marcha. Enviaron la élite de sus hombres, unos dos mil soldados de a pie y doscientos jinetes. Pero su ruta era muy prolongada, y ello [2] hizo que ya no alcanzaran a Filipo en Tegea; de momento quedaron desconcertados, sin saber qué hacer. Temerosos de dar la impresión de una mala voluntad, [3] debido a que ya antes habían levantado sospechas [82](#) , emprendieron la marcha, a través de Argólide, hacia Laconia, con la intención de unirse al ejército de Filipo. Alcanzaron el fortín de Glimpo [83](#) , radicado en el mismo [4] límite entre Argólide y Laconia; acamparon allí de manera negligente e inexperta. En efecto, no rodearon su [5] campamento ni de un foso ni de un atrincheramiento, ni tan siquiera miraron por un emplazamiento estratégico; fiados en la adhesión de los naturales del país, se establecieron ingenuamente delante mismo de sus [6] murallas. Pero Licurgo, informado de la presencia de los mesenios, tomó a sus mercenarios y a algunos lacedemonios, y avanzó, ganó aquellos parajes al romper [7] el día y atacó audazmente el campamento [84](#) . Los mesenios hasta entonces lo habían dispuesto todo pésimamente, y más que nada su marcha desde Tegea, pues no disponían de un número suficiente de hombres, ni se habían confiado a expertos; sin embargo, al menos en la lucha contra el enemigo atacante sacaron el máximo [8] partido de la situación para ponerse a salvo. Así que se

apercibieron de la presencia del adversario, lo abandonaron todo y huyeron hacia el interior del territorio, [9] lo cual ocasionó que Licurgo pudiera hacerse con la mayoría de los caballos y con todo el bagaje. Pero no logró prender a ningún soldado de infantería y sólo mató a ocho jinetes.

[10] Tras sufrir este desastre, los mesenios se replegaron [11] hacia su país a través de Argos. Licurgo, envalentonado por aquel éxito, regresó de nuevo a Lacedemonia, e inició preparativos; asesorado por sus amigos, decidió impedir que Filipo saliera del país sin luchar y sin correr [12] peligro. El rey, por su parte, levantó el campo de Helia y se puso en marcha, al tiempo que devastaba el país; al cabo de cuatro días alcanzó de nuevo Amicla con todo su ejército, a cosa de mediodía.

[21] Licurgo impartió las órdenes para la batalla a sus oficiales y a sus asesores. Él personalmente salió de la ciudad y ocupó posiciones junto al Meneleo; en total [2] disponía de no menos de dos mil hombres. Se había concertado con los que quedaban en la ciudad que atendieran al momento en que se diera la señal: entonces debían sacar al punto y por muchos lugares las tropas de dentro de la plaza y formarlas delante de los muros por la parte que da hacia el río Eurotas: por allí hay la menor distancia entre el río y la ciudad. Ésta era la [3] disposición de Licurgo y la de sus lacedemonios.

Digresión topográfica. Situación de Esparta

Para evitar que el desconocimiento [4] de estas regiones convierta mi narración en algo vago e impreciso, se debe explicar su naturaleza y su configuración. Esto es lo que pretendemos hacer a lo largo de toda [5] la obra: unir y establecer como un paralelo entre los lugares desconocidos y los que tradicionalmente nos son familiares. La diversidad de los accidentes geográficos [6] son causa de las derrotas en la mayoría de las batallas, tanto terrestres como

marítimas; por otro lado, lo que todos deseamos saber no es tanto lo que ocurrió, sino cómo ocurrió [85](#) . De manera que no se debe [7] descuidar la descripción de los lugares en ninguna acción, y mucho menos bélica; ni hay que ser remiso en tomar como puntos de referencia puertos, mares o islas, o, a su vez, de otro modo, templos, montañas, regiones o topónimos [86](#) , y, finalmente, los puntos cardinales, [8] pues éstos son lo más familiar a los hombres. [9] En efecto, sólo así es posible proporcionar a los lectores un conocimiento de lo que de otro modo ignorarían. [10] Es algo que ya declaramos más arriba. He aquí las características de la región que tratamos ahora.

[22] Esparta posee, en su conjunto, una configuración circular y está asentada en una llanura accidentada en alguna parte por colinas e irregularidades del terreno. [2] Por su lado oriental discurre un río, de nombre Eurotas, casi siempre infranqueable, debido a su caudal. [3] Los altozanos sobre los que está el Meneleo se yerguen al otro lado del río, a poniente de la ciudad: son abruptos, empinados y extraordinariamente altos; desde ellos se domina totalmente el espacio intermedio entre la [4] ciudad y el río, que fluye por la misma raíz de la colina; la anchura de este espacio es no mayor que un estadio y medio.

Filipo derrota al ejército espartano

[5] Filippo debía replegarse forzosamente por ahí: a su izquierda quedaba la ciudad y los lacedemonios formados y dispuestos; a la derecha tenía el río y los hombres de Licurgo apostados en las cimas de las colinas. [6] Además, los lacedemonios habían añadido a las condiciones del país la estratagema de construir un dique corriente abajo, con lo cual las aguas inundaron los terrenos que había entre las colinas y la ciudad; el suelo, empapado, imposibilitaba la penetración en él no sólo de los caballos, sino aun de los soldados de [7] infantería. La única solución que quedaba a

Filipo era conducir el ejército por las laderas, al pie de las colinas; pero por allí resultaba difícil recibir apoyo, y su larga columna quedaba expuesta al enemigo.

[8] El rey veía todo esto y, asesorado por sus amigos, creyó que en aquellas circunstancias lo más urgente era expulsar, antes que a los demás, a los hombres de Licurgo de las posiciones que ocupaban junto al Meneleo. Tomó, pues, a sus mercenarios y a sus peltastas [87](#) , también [9] a los ilirios, cruzó el río y avanzó en dirección a las colinas. Licurgo adivinó las intenciones de Filipo: [10] dispuso a los soldados que estaban con él y les arengó para la batalla; al punto hizo la señal convenida a los de la ciudad. Ante este signo, los oficiales a quienes incumbía [11] sacaron rápidamente a las milicias ciudadanas fuera de las murallas, según las órdenes recibidas, y situaron la caballería en el ala derecha.

Filipo efectuó una aproximación hacia los hombres [23] de Licurgo e, inicialmente, lanzó sólo a sus mercenarios [88](#) . Ello hizo que de momento los lacedemonios [2] combatieran con más brillantez, porque eran muy superiores por su armamento y por la configuración del terreno. Pero luego Filipo mandó a los peltastas en apoyo [3] de los que batallaban: constituían la reserva. Rebasó a los enemigos con sus ilirios, que cargaron contra los flancos adversarios. Alentados por los ilirios y por la [4] reserva de los peltastas, los mercenarios de Filipo redoblaron su coraje en la contienda; los hombres de Licurgo, por el contrario, desmoralizados ante la acometida de la infantería pesada, cedieron y se lanzaron a la fuga. Murieron alrededor de cien y cayeron prisioneros [5] casi otros tantos; el resto logró refugiarse en la ciudad. Licurgo mismo marchó campo a través y llegó a la ciudad por la noche, acompañado de unos pocos. Filipo ocupó las colinas [89](#) con sus ilirios y con sus peltastas, [6] y su infantería ligera se reintegró al grueso de su ejército. A la sazón, Arato había salido de

Amicla con [7] la falange, y se hallaba ya no lejos de Esparta. Filipo [8] cruzó el río, se quedó allí con su infantería ligera y sus peltastas, y también con su caballería hasta que su infantería pesada salvó sin dificultades la angostura pasando [9] por el pie mismo de las colinas. Los defensores de la ciudad se lanzaron a un cuerpo a cuerpo con la caballería que cerraba la marcha, y la lucha se generalizó. Los peltastas se batieron corajudamente, y en aquella ocasión Filipo alcanzó clara ventaja: acosó a los jinetes lacedemonios hasta las puertas de su ciudad, tras lo cual vadeó sin riesgos el Eurotas y se situó en la retaguardia de su propia falange.

[24] El día era ya muy avanzado, y Filipo se vio obligado a acampar allí mismo, de modo que plantó sus reales [2] en la salida del desfiladero. Por pura casualidad sus oficiales habían elegido para la acampada un lugar como no encontraría otro que se propusiera hacer una incursión contra el territorio de la Laconia y aun contra [3] su capital. En efecto: en la propia entrada de los desfiladeros en cuestión, el que llega de Tegea o, en general, de tierra adentro y se aproxima a Lacedemonia se encuentra con un paraje distante de la ciudad dos estadios [4] como mucho, situado encima mismo del río. La parte orientada hacia la ciudad y el río está totalmente rodeada por una escarpadura formidable y totalmente inaccesible. Sin embargo, las tierras que coronan estas fragosidades son llanas, húmedas y campales, y admirablemente situadas para hacer entrar o salir a través de [5] ellas un ejército. El que, dueño del altozano que lo domina, acampa en este lugar, da la impresión cierta de haberlo hecho en un sitio seguro [90](#) : la ciudad está cerca, y además muy cómodo, ya que controla la entrada y la salida del desfiladero.

Filipo, pues, acampó aquí sin riesgo alguno. Al día [6] siguiente mandó que le precedieran sus bagajes, y él formó a sus tropas en la llanura; los habitantes de la ciudad lo